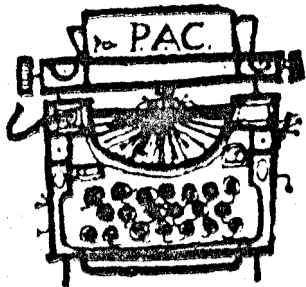


escrito a máquina

Observando
Latinoamérica

La Nueva Ola



Si volvemos nuestros ojos hacia la izquierda del mundo, vemos que sus fuerzas, cada día más violentas, se lanzan al cambio y transformación de las estructuras socio-económicas —las estructuras de carácter público—, pero que se desprecocupan y con frecuencia desdeñan el cambio de las estructuras internas del hombre, pasando por alto su educación y formación moral, su organización familiar, el fortalecimiento de su responsabilidad, y la importantísima transformación del egoísmo en fraternidad, como si basta el cambio de estructuras para que esta revolución interna se produzca por sí misma.

Si volvemos nuestros ojos hacia la derecha (hacia la derecha de buena fe) vemos que sus fuerzas tratan de imprimir al cambio el ritmo más lento posible sobre la convicción de que el hombre sólo puede transformarse por medio de la educación y por un proceso evolutivo que irá abriendo poco a poco las estructuras socio-económicas a una participación y a un beneficio más democráticos.

Generalmente este pensamiento de derecha predomina en los países ricos e industrializados y contagia engañosamente a los círculos capitalistas o empresariales de los países pobres y subdesarrollados. Es fácil convencerse de los beneficios de la lentitud cuando no se tienen necesidades. Por eso en los países pobres y subdesarrollados o en las grandes masas marginadas lo que priva espontáneamente es, por el contrario, el pensamiento de izquierda: allí el elemento motriz de la miseria impone la necesidad del violento cambio, de su urgencia, y es esa urgencia desesperada, la que hace olvidar la necesidad de completar la revolución de las estructuras con la revolución interior del hombre.

El papel revolucionario del cristianismo —esa tercera dimensión en la inevitable revolución del mundo— es, precisamente éste: no el oponerse, con una actitud interesada de derechas, al cambio de estructuras, ni en atacar por comunistas a las masas que justamente quieren cambiar, sino en completar esa revolución con la transformación moral y cultural del hombre, o, en otras palabras, en aportar el verdadero humanismo a esa nueva sociedad que inevitablemente está alumbrando —con intensos dolores de parto— el mundo actual, sobre todo el Tercer Mundo, que es el mundo de los pobres.

Porque, ciertamente, la actitud de las derechas, de encargar todo el proceso de cambio a la educación ("lo que falta es educación", dicen siempre) es un mito que conduce a la desesperación. De nada sirve toda la educación y toda la capacitación del mundo si se mantienen las estructuras injustas que por sí mismas convierten en explotadores a los hombres de mejor voluntad. No puede haber familia bien constituida en la miseria. No puede haber moralidad en la miseria. No puede haber cultura en la miseria.

Pero tampoco puede triunfar plenamente una revolución de estructuras, tampoco consigue estabilidad y transformación creadora un cambio que desatiende la cifra más importante que es el hombre y su estructura interior. Con hombres que no dominan sus pasiones, con ladrones o criminales, con hombres sin moral, el cambio de estructuras produce Stalines, o líderes que venden a sus sindicatos, o nuevos ricos, o nuevos explotadores. Como decía el ruso Alejandro Herzen: "no se pueden construir viviendas para hombres libres con materiales hechos para construir cárceles".

El cristianismo ha irrumpido en la revolución de Hispanoamérica (y esta es una de las realidades históricas más esperanzadoras de nuestro continente) aportando esa visión integral que abarca, como decía Juan XXIII, "a todos los hombres y a todo el hombre", es decir, que completa la revolución horizontal (socio-económica y política) con la revolución vertical (del alma y del corazón humanos).

Las esferas neo-capitalistas, poco sensibles o insensibles del todo a la angustia y clamor de las mayorías marginadas, hablan de "sacerdotes rebeldes", de "nueva ola" o cuando menos, peyorativamente de "curas progresistas", cuando las agencias noticiosas dejan ver figuras del clero participando en el conmovido proceso de cambio de nuestra América. Parece con ello que catalogan sus actos como equivocaciones, como herejías o como extremismos reñidos con los principios cristianos o con el Evangelio. Quieren crear la idea de que el cristianismo normal y auténtico es el que se hace el sordo a la injusticia y a la necesidad de los oprimidos; y que, en cambio, cumplir con el Evangelio es anormal o insensato y por tanto condenable.

Pero, no es desacreditando a la avanzada del cristianismo que se detendrá la revolución

en Hispanoamérica. "Es una ilusión creer —dice el arzobispo Helder Camara— que si nosotros tampoco abriéramos los ojos al pueblo, éste continuaría con los ojos cerrados. Hoy con el transistor, con la televisión, con los periódicos, los aviones y los transportes, aun lo que viene de los más lejanos puntos del mundo, tiene inmediata repercusión sobre regiones antes inaccesibles. Imposible mantener a nadie con los ojos cerrados. Y la desgracia real para el cristiano sería que la masa creyera ser traicionada por una Iglesia tímida ante los gobiernos opresores y comprometida con los potentados".

La "nueva ola" no es, pues, una infiltración del comunismo en el cristianismo, sino todo lo contrario, una cristianización del movimiento de liberación de nuestros pueblos, que no es justo —ni posible— detener, pero sí encauzar, para que no sea destructivo, sino creador. La "nueva ola" es la cristianización de nuestro futuro. Es la salida al encuentro de lo que vie-

ne y la única posibilidad de que el cambio no sea una anárquica y desoladora matanza, sino un proceso limpio y fecundo en su justicia. A este respecto y para cerrar, ninguna palabra más autorizada y luminosa que la del ya citado arzobispo de Recife:

"El secreto para intentar evitar la revolución armada y sangrienta, consiste en comprender en la palabra "REVOLUCION" el sentido de un cambio profundo y rápido. Si los cristianos creen, como se ha dicho en Medellín, en la fecundidad de la paz para llegar a la justicia, también creen que la justicia es la condición para probar que es posible promover una revolución en la paz y sin violencia, para —contando sólo con la presión moral— cambiar las estructuras socio-económicas y político-culturales, con coraje y con firmeza, pero sin derramamiento de sangre".

PABLO ANTONIO CUADRA.